

## DISCURSO DE MARIA JOSE FERNANDEZ DE LA CIGOÑA

Queridos amigos:

*Me vais a permitir que comience mi discurso con unas palabras que no son mías, sino del Evangelio de San Mateo: «De lo que rebosa el corazón habla la boca». Y el motivo que me lleva a deciros esto es, principalmente, el de ahorrarme complicaciones. Porque, ¿de qué puedo yo hablaros sin que el tema os aburra por sobradamente conocido? Sólo de lo que rebosa mi corazón.*

*Y mi corazón rebosa, en primer lugar, esperanza. Sí; en estos tiempos en los que cualquiera que nos mire desde fuera podrá decir que nuestra lucha es desesperada, que abogamos por causas perdidas, y que sólo un loco podría mantenerse ilusionado, a mí se me ocurre hablar de esperanza.*

*Pero, ¿es que no tenemos motivos sobrados para ella? El Reinado de Jesucristo, ¿no es una batalla ganada de antemano? ¿Acaso no tiene el Señor prometida la victoria a los que le temen? Mejor aún, como nos dijo Donoso Cortés, «en su bondad infinita reserva a los que combaten bien por su causa una recompensa mayor que la victoria».*

*Ante esto, el desánimo no tiene sentido. Y en la festividad que hoy celebramos, qué mejor ejemplo de esperanza que San Fernando, paradigma de gobernante cristiano, pero no sólo en la paz y la prosperidad, sino también en tiempos, como los que ahora sufrimos, de adversidades y de lucha.*

*Fueron ocho siglos los que tardaron nuestros antepasados en recristianizar España. ¿Vamos nosotros a pretender reconstruirla en ocho días? Nuestro deber es sembrar para que otros recojan; el Señor sabrá si nos corresponde o no atisbar siquiera el fruto de nuestro trabajo.*

*Pero nada podremos hacer sin esperanza. ¿Qué sentido tendría la lucha? Gracias a Dios, la esperanza es un don del Cielo, y no se agota. Nos decía el beato Claudio de la Colombière, citando el salmo: «Toda mi confianza se funda en mi misma confianza: porque Tú, Señor, me has confirmado singularmente en la esperanza». Y, en otro momento de la misma oración: «en Ti, Señor, he esperado, no quedé avergonzado jamás». Vamos, pues, a ponernos, ya mismo, manos a la obra, sabiendo que lo que más necesitamos es aquello de lo que nunca adoleceremos, con la ayuda de Dios.*

*Sin embargo, no basta con la esperanza. Es muy cómodo dejar de hacer las cosas con la excusa de que todo está en las manos de Dios y que, al final, El triunfará sobre sus enemigos. Si San Fernando hubiera reaccionado así, es posible que nosotros estuviéramos ahora adorando a Alá. Está en nuestras manos el trabajar por el Reino de Cristo, y es nuestra más sagrada obligación. Como dijo Marcelle de la Bique de Villeneuve: «Ninguno tiene derecho a retirarse. Más bien debe decirse que tal vez es él la unidad que completará el número de justos necesarios para salvar la ciudad corruptida». Y, también, con palabras de Oliveira Salazar: «No se sabe nunca hasta dónde pueden*

*llegar los ecos de una voz, aunque se tenga la sensación de predicar en el desierto».*

*Y si es un deber irremisible para con Dios, es también una deuda de piedad contraída con los que nos han precedido. Y cuando digo esto, me refiero al significado de la palabra piedad como pago de un don impagable, de un regalo tan infinito que no está en nuestras manos devolver. Me refiero a esa piedad que se debe sólo a Dios y a los padres, pero que en un sentido amplio se prolonga a todos nuestros antepasados y a su obra, que es la Patria. Todo lo que tenemos, o bien es regalo directo del Señor, o nos ha sido transmitido. ¿De qué forma mostraremos nuestro agradecimiento a todos aquellos que fueron delante de nosotros en la lucha por el mismo ideal? Como acabo de decirlos, es imposible pagárselo. Sin embargo, ¿qué menos que preservar su obra, para que los que sin duda nos miran desde el Cielo vean complacidos lo que muchos de ellos no pudieron ver en vida? ¿Cuál no será su gozo al ver que sus desvelos no fueron en vano, y que los que somos sus hijos seguimos trabajando por el Reino de Cristo? No olvidemos que Dios, en su omnisciencia, nos juzga como miembros de un solo Cuerpo, y que, por tanto, nuestros predecesores van a ser premiados por su contribución a nuestra propia santificación.*

*Pero se nos plantea, llegado este punto, una responsabilidad más fuerte aún que la contraída con nuestra historia: la que nos ata a nuestro futuro. Y en razón a esta responsabilidad no es deber nuestro conservar únicamente lo que nos ha sido dado, sino aumentarlo y perfeccionarlo en la medida de nuestras fuerzas, de la misma forma que nuestros reyes medievales no se limitaron a mantener en la Fe sus posesiones, sino que fueron ganando nuevas tierras para Dios, hasta que su obra se vio concluida, no con la reconquista de Granada, sino con la prolongación de la España católica en la evangelización de América.*

*El Señor, que conoce a cada uno por su nombre, tiene un plan sobre todos nosotros desde el principio de los tiempos, y lo que nosotros dejemos de realizar, por comodidad o por miedo, se va a quedar sin hacer. No es cuestión de enterrar los talentos recibidos, porque ya sabemos el juicio que espera a los que así se comporten. Hemos recibido un talento que pesa mucho, y puesto que el don es inmenso, inmenso es el trabajo que nos toca realizar. Igual que a nuestros antepasados, Dios nos juzgará por lo que hemos sembrado, que, bien mirado, y si es que por nosotros mismos podemos ganar mérito alguno, mayor será éste de sembrar que de recoger lo que otros nos prepararon. No olvidemos, al menos, nuestro propio nombre, Speiro, y que no se quede en una simple palabra vacía de contenido. Ramiro de Maestu murió diciendo: «Vosotros no sabéis por qué matais». No parece que el nuestro sea tiempo de morir por el Señor, pero sí puede serlo de decir: «Vosotros no sabéis para qué vivís. Yo sí sé para qué vivo: para que vuestros hijos sean mejores que vosotros».*

*Así que nuestro deber es sembrar. Pero, ¿qué sembraremos si nos falta la semilla? Es aquí donde entra en juego un tema que considero de enorme importancia: la formación. Porque si antes os he dicho que encuentro más meritoria la siembra que la recolección, me resulta evidente, quizás porque yo empiezo ahora en esta batalla, que sin la recolección previa la siembra no se puede llevar a cabo. Y aunque es verdad que la formación, si no la orientamos a la acción, a la lucha por el Reino de Cristo, es una vaciedad, no es menos cierto que viv-*

mos en una época en la que el campo que se nos ofrece para la acción política es más bien estrecho. Y os diré, con palabras de Maurras, que «cuando no se tienen tropas que sublevar, ni masas que agitar, la teoría sigue siendo el mejor modo de la acción». Este es, por tanto, un momento que parece servido en bandeja para aprender, para echar raíces; si no, es absurdo esperar que algo brote. A la pregunta de dónde obtener la semilla que debemos sembrar nos responde Adro Xavier: «Para que el corazón sepa actuar, antes hemos de llenar la cabeza, y a la cabeza se llega por las ideas, y las ideas las cogemos de los libros». Hay que leer; para que nosotros leyéramos escribieron nuestros más grandes pensadores. ¡Qué pérdida de tiempo, si no, para ellos! Nada ganaban para sí mismos llevando a un papel lo que ya poseían en su corazón y en su cabeza. La única forma de agradecer el don de los libros es leyéndolos. Y fomentando, en la medida de nuestras fuerzas, su lectura. Os digo esto porque a mí llevan ya mucho tiempo diciéndome: ¡Lee! (aunque algunos de vosotros os sonriais pensando, ¿a qué llamará esta niña mucho tiempo?), y están empezando a conseguir que les haga caso, aunque sea sólo por no oírles, y cuando lo hago, más les agradezco que estén encima de mí para recordármelo. Por eso me siento un poco ridícula diciéndoos yo a vosotros: ¡Leed!, pero seguro que aún quedan cosas que no habéis leído, y si no lo hacéis, ¿quién me dirá a mí que las lea?

Es, por lo tanto, deber nuestro formarnos, pero además es la táctica más adecuada para llegar a conseguir nuestros objetivos, y así nos lo recordó el Cardenal Gomá: «Siempre será verdad que el pensamiento manda. A la etapa puramente intelectual de la idea sigue el periodo del proselitismo, y si con él se llega a la conquista de una porción considerable de las masas, la idea encuentra fácil acceso al poder político». Leamos, por tanto, primero por amor a la Verdad, que es reflejo de Dios, pero pensando siempre en sobrepasar esa etapa puramente intelectual de la idea; miremos la lectura como medio y no como fin, y subsanaremos así el peligro de caer en un narcisismo que sólo conduciría a ensoberbecer nuestros corazones.

Ya pocas cosas me quedan por decir. Sin embargo quisiera aún detenerme en otro punto, el del compromiso. Debemos ser consecuentes con nuestras ideas, y llevar a nuestra vida aquello en lo que creemos, para que no se quede en simple teoría. En los círculos que nos son propios es nuestra obligación el vivir de acuerdo con nuestro modelo de sociedad, y aplicar los principios que tan bien conocemos (solidaridad, subsidiariedad, bien común...) a nuestras familias, y mientras podamos, a nuestro ámbito de trabajo. Es la idea, conocida por todos, de Paul Bourget, y que me vais a perdonar porque la cito de memoria y no es textual; de todas formas, el contenido es el mismo: «Hay que vivir como se piensa, porque si no, más tarde o más temprano, se acabará pensando como se vive». Y si no vivimos igual que pensamos, difícil será pretender que nadie nos crea, y que nuestro mensaje llegue a ser una realidad. Por otro lado, crear pequeños núcleos de sociedad cristiana es un buen método para empezar a recrutar España.

Como último ruego os pido que recéis, que si olvidamos la oración todo será inútil. Después de todo, son palabras de Cristo que sin Él no podemos hacer nada, pero también lo son éstas: «En verdad os lo digo: todo lo que pidieris en la oración creed que lo recibiréis y se os dará».

Muchas gracias.